

vos, y cuando salía cuatro reyes vencidos iban á pie delante de su carro, habiendo obligado á los partos á dejarle tomar el título de rey de los reyes, que parecía poner bajo su dependencia á todos los príncipes del Asia.

En tiempo de su prosperidad, Mitridates no había reconocido esta supremacía, por lo cual no había obtenido de Tigranes en la última guerra contra Roma, sino auxilios insignificantes, y ahora, cuando vino á refugiarse á la Armenia, fué recibido friamente. Pero la embajada de Clodio cambió sus disposiciones. El romano debía haber ido á Siria, donde el rey se encontraba entonces, y se le detuvo en Antioquia, con pretexto de que Tigranes acababa la sumisión de la Fenicia. Según los hábitos de las cortes orientales, esta detención había sido calculada, á fin de dar al em-



Lúculo (1)

bajador una alta idea del poder del monarca armenio y al mismo tiempo hacerle ver la diferencia ó distancia que mediaba entre la majestad del rey de los reyes y la autoridad meramente popular de la república.

Clodio, por su parte, había aprovechado la detención para anudar intrigas y relaciones con los jefes y las ciudades de aquellas regiones, y el rey de la Gordiena le prometió levantarse en armas, tan luego como Lúculo se presentara en son de guerra; promesa que algún tiempo después fué causa del exterminio de toda aquella raza real.

Cuando se realizó, en fin, la entrevista, declaró Clodio en pocas palabras, que había ido á reclamar la persona de Mitridates refugiado en la corte de Tigranes, y que de no entregárselo tenía encargo de declarar la guerra en nombre

(1) Busto dicho de Lúculo, en el Museo del Ermitorio. En el *Archaeolog. Zeitung*, nueva serie, t. VIII, cuad. 1 y 2, ha querido E. Schultze establecer la autenticidad de este busto.

de la república romana. Tigranes no había oído nunca un lenguaje tan sencillo y altivo al mismo tiempo, y contestó que aceptaba la guerra, y llamando á su lado á Mitridates á quien hasta entonces no había admitido en su presencia, le prometió diez mil hombres para volver á su reino, mientras él ponía en pie de guerra todas sus fuerzas.

Tigranes repetía la falta que había perdido á los reyes Filipo y Antioco. Mientras su suegro guerreaba para expulsar del Asia á los romanos, en vez de sostenerlo, fué á hacer la guerra á la Fenicia; y ahora que Mitridates estaba vencido y fugitivo, entraba en pugna con los romanos. Roma debía haber bendecido hasta su última hora la imprevisión de sus enemigos (70).

Lúculo no se espantó de una guerra que él mismo había provocado. Dejó seis mil hombres en el Ponto, y sólo llevó consigo tres mil jinetes y doce mil infantes, veteranos de las legiones fimbrianas, que seguían á pesar suyo á un general protector de los indígenas contra su avidez y hambre de pillaje (69). Con este pequeño ejército se dirigió á las provincias del Eufrates, recién conquistadas por Tigranes, y cuya población mezclada de griegos se veía con horror sujeta á un príncipe que hacía humillante la obediencia. Las inteligencias que Clodio había dejado en el país hubieron de aprovechar á Lúculo, el cual pasó sin ningún obstáculo el Eufrates y el Tigris, haciendo observar á sus tropas en todas partes la más severa disciplina.

Tigranes no podía creer tal y tanta audacia: el primero que le anunció la aproximación de las legiones pagó el aviso con su cabeza. Sin embargo, era preciso admitir que el enemigo no estaba en Efeso, como sostenían los cortesanos, y el poderoso é indignado rey dió orden para que fueran á castigar á aquellos temerarios é insolentes y le trajeran muerto ó vivo á su caudillo. La vanguardia de las legiones bastó para dispersar este primer ejército. Inquieto, en fin, el rey, se dió buena prisa en abandonar su capital y se retiró á las montañas, que separan las fuentes del Tigris de las del Eufrates, llamando alrededor de sus estandartes sus contingentes y los de sus aliados, desde el Cáucaso hasta el golfo Pérsico.

Luego que hubo reunido más de doscientos cincuenta mil hombres, y supo que Lúculo sitiaba la capital de su reino con un ejército tan despreciable por su escaso número, que no lo hubiera querido para su escolta ordinaria, rechazó los consejos de Mitridates y en vez de envolver á su enemigo y reducirlo á entregarse por hambre, corrió á presentarle la batalla.

Cuando su innumerable ejército coronó las alturas desde donde se descubre á Tigranocerta, dejó Lúculo á Murena seis mil auxiliares para impedir una salida, y con once mil hombres de á pie y alguna caballería, marchó al encuentro del rey. «Si vienen como embajadores, dijo Tigranes viéndolos en tan escaso número, son muchos; si como enemigos, muy pocos.» El general romano que acometía esta guerra con tanta audacia y temeridad, como prudencia y circunspección había mostrado enfrente del rey del Ponto, comenzó el ataque trepando él mismo á la cabeza de sus cohortes una colina que Tigranes no había creído necesario ocupar. Desde esta última se precipitaron impetuosamente los romanos sobre los diez y siete mil jinetes enemigos, los cuales no atreviéndose á esperar el choque, se echaron sobre sus masas de infantería introduciendo en ellas el desorden y el pánico.

Tigranes fué el primero que huyó del campo de batalla, cayendo en manos del vencedor su tiara y su diadema. Lúculo, por su parte, aseguraba no haber tenido más pérdidas que cinco hombres muertos y cien heridos. Una su-

blevación de los habitantes griegos de Tigranocerta facilitó el asalto, y con esto encontraron allí los legionarios, sobre un riquísimo botín, ocho mil talentos de oro acuñado y recibieron de su general 800 dracmas cada uno. Nunca había sido tan espléndidamente recompensada una victoria tan fácil.

Lúculo inverna en la Gordiena y en la Sofena aceptando la alianza con todos los príncipes de las cercanías y solicitando la de Fraates, rey de los partos. Este príncipe reclamaba de Tigranes la Mesopotamia y tenía que vengar en los armenios las grandes y prolongadas humillaciones de su casa; pero Tigranes le indicaba todos los troncos del Oriente igualmente amenazados por las victorias de las legiones, y un diputado de los romanos lo encontró indeciso entre los dos partidos. Lúculo no aceptó esta neutralidad y ordenó á sus tenientes en el Ponto que le trajeran sus tropas. Miraba con tal desprecio á aquellos reyes tan temidos en el país, que no temía penetrar en el corazón del Asia y atacar el tercer imperio. Pero sus oficiales y soldados, demasiado ricos ya para querer correr nuevos peligros, se negaron á seguirlo y tuvo que resignarse á terminar solamente la derrota del rey de Armenia.

El ejército de Tigranes reformado por Mitridates y compuesto sólo de sus mejores tropas, hubo de aparecer alrededor de Lúculo, rehuyendo el combate, y procurando sólo cortarle los víveres. A fin de sacarlo de este retraimiento, que era todo un plan de campaña, y obligarlo á aceptar la batalla, marchó Lúculo sobre Artaxata, la verdadera capital de la Armenia (1) que guardaba en su seno las mujeres, los hijos y los tesoros del rey. Tigranes lo seguía, mas por salvar su segunda capital y con ella su familia y riquezas, dió la batalla. El resultado fué idéntico al del año anterior (68).

Edificada, al parecer, Artaxata por Anfal, se alzaba á orillas del Araxes, al N. E. del monte Ararat, alta eminencia cuya cima, cubierta siempre de nieve, se oculta á más de cinco mil metros en las nubes. Cuando los vientos que pasan por aquellas nieves perpetuas descienden á los valles, el invierno llega de repente. Un frío súbito y una copiosa nevada atajaron al ejército romano en su marcha de persecución. Los soldados se negaron á permanecer en aquel rigoroso clima, y Lúculo tuvo que levantar el sitio de Artaxata y retroceder hacia el Sur á la Migdonia, donde tomó al asalto la plaza fuerte de Nisibe (67). Este fué el término de sus victorias.

Lúculo no había sabido, como Escipión y como el mismo Sila, suavizar con la afabilidad de las maneras el rigor del mando, y sus soldados no podían perdonarle la desconsideración de haberlos tenido incesantemente bajo la tienda de campaña los ocho años que duró aquella guerra, ni menos le perdonaban haberse avenido á sus expensas con las ciudades, en vez de tomarlas á viva fuerza, lo cual hubiera autorizado un lucrativo pillaje.

Su mismo cuñado, Clodio, noble de criminal audacia, los animaba á la rebelión con subversivas palabras. «No sois, les decía, no sois más que muleros de Lúculo, ni le servís más que para escoltar sus tesoros. Él hace el pillaje por su cuenta en los palacios de Tigranes y os obliga á respetar los que os da el derecho de la victoria.»

En Roma tenía Lúculo otra clase de enemigos, los publicanos, aquellas arpías que devoraban la sustancia de los pueblos y cuyas rapiñas habían reprimido las prescrip-

(1) Las ruinas llamadas *Trono de Tiridates (Takt-Tiridate)* cerca de la confluencia del Aras y del Cengue, marcan, según se cree, el sitio de Artaxata.

ciones de Lúculo. Desde que éste mandaba en Asia, la provincia se había restablecido de su postración; en cuatro años se habían pagado todas las deudas y desempeñado todos los bienes raíces. Pero olvidaba á Rutilio y aquella conjuración permanente que formaban los caballeros, dice Cicerón, contra los que pretendían reprimir su insaciable codicia. Omnipotentes otra vez, gracias á Pompeyo, estaban impacientes por vengarse del hombre que los obligaba á ser justos ó moderados, y mientras el ejército de Asia retenía á su general en forzada inacción, los publicanos, sostenidos por el antiguo tribuno Quincio, ahora pretor, le quitaban en Roma su mando y hacían decretar el licenciamiento de la mayor parte de sus tropas (67).

II. — POMPEYO SUCEDE Á LÚCULO EN EL MANDO DEL EJÉRCITO DE ASIA (66).

Mitridates y Tigranes se aprovecharon de estas discordias para volver á sus respectivos Estados; y el rey del Ponto hasta batió á un caudillo romano matándole siete mil hombres, ciento cincuenta centuriones y veinticuatro tribunos (67). Otro hubiera tenido la misma suerte, á no haber recibido Mitridates en medio del combate una herida de manos de un tráfuga. La llegada de Lúculo, que había conseguido por la última vez arrastrar á la lucha á sus soldados representándoles la mengua y vergüenza que había en abandonar á sus camaradas en el peligro, tuvo á raya al rey del Ponto, el cual con poco esfuerzo fué rechazado á la Armenia Menor; pero no quisieron perseguirlo. En vano descendió al ruego el general: más dueños que él en su campamento, llevaron la insolencia hasta el punto de decirle que fuera él solo á buscar al enemigo, si tantas ganas tenía de pelear. Ni consintieron en permanecer á sus órdenes, sino á condición de no salir del campamento, y esto sólo hasta fines del estío.

Mientras tanto los dos reyes volvieron á tomar la ofensiva. La Capadocia fué invadida, todo romano expulsado del Ponto, el procónsul Glabrión batido, puesto en fuga y perseguido hasta la Bitinia. Cuando llegaron los comisarios encargados por el senado de organizar en provincias las nuevas conquistas, todo parecía perdido, todo ó casi todo se había de ganar otra vez.

En efecto, por la incuria del gobierno, que durante ocho años había tenido abandonados á sí mismos á los que por él se batían en los extremos del imperio, las mejores campañas que un general romano hubiera dirigido hasta entonces, las más admirables victorias que las legiones hubieran jamás ganado, venían á ser inútiles, y en la primavera del año 66 la situación era tan difícil como lo había sido en el 74. Sólo que se sabía ahora mejor lo que valían las hordas asiáticas, y se tenía la seguridad de terminar estas guerras el día en que se quisiera resueltamente.

Pompeyo, que había acabado con los piratas, se encontraba al frente de considerables fuerzas en la Cilicia. De mucho tiempo atrás, sus amigos de Roma le destinaban la conducta y dirección de esta guerra, y el tribuno Manilio propuso formalmente que se le enviara contra Tigranes y Mitridates con poderes ilimitados sobre el ejército, la armada y las provincias de Asia. El senado repugnaba aceptar esta ley, que continuaba el reinado de un tráfuga del partido de los nobles; pero la ceguera del pueblo y de los caballeros le presagiaba una nueva derrota, si se resistía: prefirió pues renunciar al derecho que Sila le había dado del examen previo de las proposiciones legislativas. Unicamente Cátulo habló largo tiempo sobre la rogación; y cuando observó que el pueblo escuchaba sin entenderlo: «Pues que

así marchan las cosas, exclamó volviéndose hacia los senadores, no os queda ya más que buscar alguna roca Tarpeya ó algún monte Sagrado, adonde podáis huir y quedar libres.»

En otro tiempo era de la nobleza de donde salía la dictadura; ahora procedía del pueblo, signo evidente de que por ambas partes estaban aparejados para la servidumbre. Sostenida la rogación por César y por Cicerón, que en esta coyuntura pronunció su primer discurso político, pasó sin ningún obstáculo. Antes de la votación, tuvo Manilio buen cuidado de repartir los libertos en las treinta y cinco tribus.



Templo de Mercurio en el golfo de Nápoles (1)

entrevista comenzó con los cumplimientos de costumbre y acabó con injurias. «Como un ave de presa cobarde y tímida, que sigue al cazador olisqueando la carne, decía Lúculo, tal así se arroja Pompeyo sobre los cuerpos derribados por otros y triunfa con vencimientos ajenos.» Amigos de los dos se interpusieron y los separaron sin que pasara adelante tan enojosa y ya violenta cuestión (66).

Cuando Lúculo se puso en camino para volver á Italia, no le permitió su rival llevar consigo más que mil seiscientos hombres para su triunfo y con gestiones secretas hizo que se le retardara este honor por espacio de tres años.

Justamente indignado de la injusticia del pueblo y de la flaqueza del senado que lo había abandonado, Lúculo se retiró de un gobierno cuya inevitable caída preveía sin duda y fué á vivir á sus quintas con las inmensas riquezas que había traído de los despojos del Asia. Su lujo y magnificencia le valieron el sobrenombre de *Jerjes romano* (2). Sus jardines, dice Plutarco, se cuentan aún entre los más bellos del dominio imperial. Cerca de Nápoles había construído enormes bóvedas en que entraba el mar formando receptáculos de peces. En las afueras de Túsculo se admiraban sus

(1) *Viaje pintoresco de Nápoles y Sicilia*, t. I, pte. II, p. 212.

(2) V. Patérc. II, 25. Véanse en Plutarco (*Luc.* 39-41) las anécdotas de sus famosas cenas, sus construcciones, sus viveros, de que habla Varrón.

El antiguo lugarteniente de Sila iba pues hasta á buscar un apoyo que los mismos Gracos no habían querido.

Cuando recibió Pompeyo noticias de esto, se quejó hipócritamente de la fortuna que lo abrumaba de trabajos negándole la pacífica existencia de un ciudadano oscuro. Pero sus actos desmintieron muy luego sus palabras; que buena prisa se dió en mostrarse en su nuevo gobierno, multiplicando los edictos, llamando á sí todas las tropas y todos los aliados y tomando á empeño humillar á Lúculo con la revocación de todas sus disposiciones.

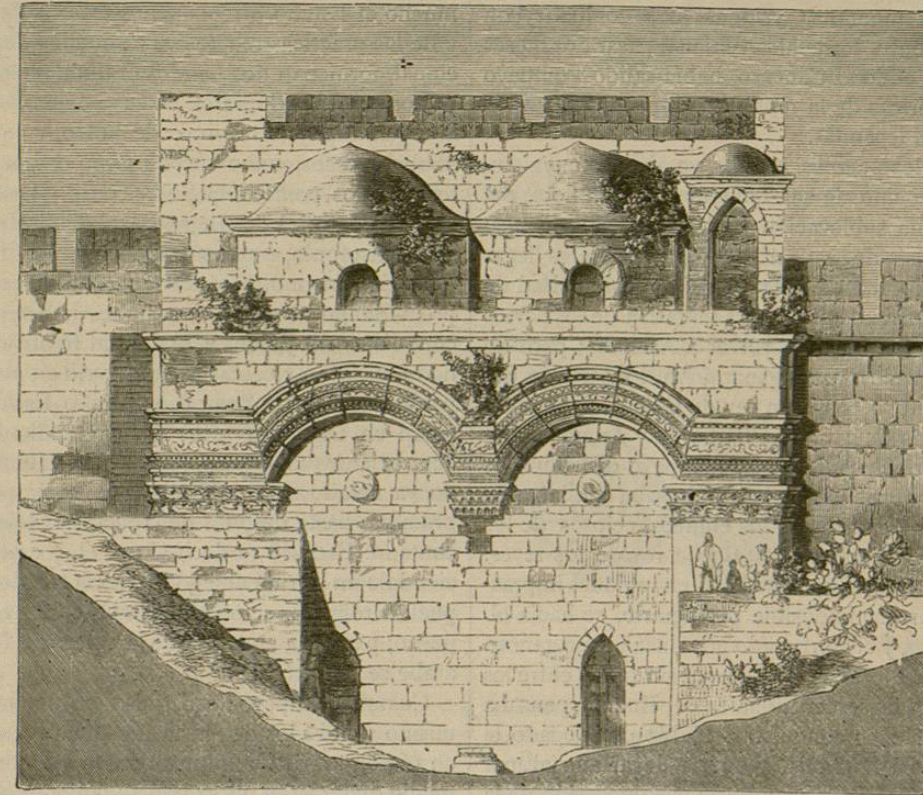
Los dos caudillos hubieron de encontrarse en Galacia: la

no», contestó el procónsul. ¡Acabar como Perseo después de haber guerroado como Anibal! Mitridates tenía mucho corazón para resignarse á esto. «Pues bien, exclamó; combatamos hasta nuestra última hora.» Y juró no hacer nunca jamás la paz con Roma.

Pompeyo marchaba ya hacia la Armenia Menor. Desde el primer encuentro, en un combate nocturno á orillas del Lico, el ejército pónico quedó destruído, y Mitridates pudo librarse á duras penas, con dos jinetes y una de sus mujeres que en traje de hombre lo seguía y á su lado guereaba. Llegado que hubo á una de sus fortalezas, distribuyó

entre los que se le habían reunido todo el dinero que allí encontró y también veneno para que cada uno quedara dueño de su libertad y de su vida, y tomadas estas y otras precauciones, quiso huir al lado de Tigranes; pero este príncipe había puesto á precio la cabeza del vencido. Entonces subió hacia las fuentes del Eufrates y penetró en la Cólquide donde pasó el invierno. En el campo de batalla fundó Pompeyo la ciudad de la Victoria, Nicópolis.

En las despóticas cortes del Oriente, el príncipe no es esposo ni padre. Suspica y cruel á causa de sus derrotas, Tigranes hizo dar muerte á dos de sus hijos; mas el tercero



Puerta dorada del templo de Jerusalén (fachada occidental)

se rebeló, acaso á instigación de Mitridates, y fué á buscar refugio entre los partos. Fraates había comprendido, en fin, que era tiempo ya de decidirse á tomar su parte en los despojos de su vecino y concluyó con Pompeyo un tratado de alianza. El joven Tigranes le ofreció los medios de hacer una poderosa diversión, él le dió una de sus hijas y lo condujo con un ejército á los Estados de su padre.

El viejo monarca se retiró al principio á las montañas, dejando á los dos príncipes perder tiempo y fuerzas ante las murallas de Artaxata. Fraates fué el primero que se cansó, y volvió á su reino, no fuera que una larga ausencia excitara en él perturbaciones, y el joven Tigranes, vencido por su padre, tuvo que huir al campamento romano.

Por su parte Pompeyo se dirigía también á Artaxata y no distaba ya de esta capital más que unas quince millas, cuando aparecieron unos enviados de Tigranes y muy luego el mismo rey. A las puertas del campamento, le hizo un lictor echar pie á tierra, y cuando el príncipe vió á Pompeyo, se desató la diadema y quiso postrarse á sus plantas. El general no lo permitió y le hizo que se sentara á su lado.

Entrando luego en materia le ofreció de muy buen grado la paz, á condición, sin embargo, de renunciar á sus antiguas posesiones de Siria y de Asia Menor, de pagar seis mil talentos, y de reconocer á su hijo por rey de la Sofena. La antigua política del senado era aplicada aun en este caso.

Debilitado Tigranes, pero no derribado, podía ya muy poco para ser temible, pero bastante para tener en amago al rey de los partos, cuya conducta había sido equívoca durante algún tiempo. Este nuevo vasallo iba pues á hacer por Roma la policía de la alta Asia, como en otro tiempo Eumenes en el Asia anterior, *reges... vetus servitutis instrumentum*.

Tigranes había temido condiciones más onerosas, y en su júbilo prometió á las tropas romanas una gratificación de 50 dracmas á cada soldado, mil á cada centurión y un talento á cada tribuno. Pero su hijo, que había esperado ceñir su corona, no pudo disimular su despecho; y descubiertos sus secretos tratos con los partos y los armenios, Pompeyo, con desprecio del derecho de gentes, lo hizo cargar de cadenas, bien que fuera su huésped y lo reservó para su triunfo.

Algunas tropas quedaron en Armenia para vigilar los movimientos de los partos, que acababan de recordar á Pompeyo que el límite de los dos imperios debía ser el Eufrates. Con el resto del ejército, dividido en tres cuerpos, internó el general á orillas del Ciro. Estaba decidido á ir en la próxima primavera á buscar á Mitridates hasta el Cáucaso por preciarse en Roma de haber llevado sus águilas desde el fondo de España y de África hasta los últimos términos del mundo habitado, y haber llegado has-

(3) Rennió una rica biblioteca, que abrió al público y vivió rodeado de gente de letras (*Plut. Lucull.* 59). Murió algún tiempo antes de la guerra civil.

ta las mismas rocas en que Júpiter encadenara á Prometeo (1).

El Ciro limita la Albania por el Sur. A mediados de diciembre, cuarenta mil albaneses pasaron el río con la intención de sorprender los tres campamentos; pero en todas partes fueron rechazados, y pasando Pompeyo mismo el Ciro á la vuelta de la primavera (65) atravesó la Albania y penetró en la Iberia que ni los persas ni Alejandro habían domado.

Plutarco afirma que en estas expediciones hubo de arros-trar Pompeyo bravamente muchas penalidades: es más probable que lo que nos cuenta de las amazonas. «Descendieron, dice, de las montañas vecinas para combatir con aquellos pueblos, entre los cuales venían á pasar dos meses todos los años.» Yendo al Cáucaso, había salido Pompeyo de las tierras históricas de la república romana para entrar en la región de las leyendas.

Vencidos aquellos pueblos, tocaba ya al Faso cuya embocadura ocupaba uno de sus tenientes con la flota del Ponto, cuando una sublevación de los albaneses le hizo volver atrás. Después de castigarlos rudamente, quiso llegar hasta el mar Caspio; mas la falta de guías, la dificultad de los lugares y la noticia de una nueva tentativa de los partos contra la Gordiena, le hicieron volver á Armenia; pero no hizo más que atravesarla para ganar á Amisos, donde durante el invierno, tuvo como un rey de Oriente una corte magnífica. Rodeado de caudillos bárbaros y de embajadores de todos los príncipes del Asia, Pompeyo distribuía los mandos y las provincias, concedía ó rehusaba la alianza de Roma, trataba con los medos y los elimeos, celosos de los partos, y rehusaba á Fraates el título de rey de los reyes.

En cuanto á Mitrídates, relegado allá en regiones impracticables, donde parecía imposible perseguirlo, se hacía olvidar, como muerto, y el afortunado procónsul, poco ganoso de ir á arriesgar su gloria en una guerra sin brillo entre los bárbaros de las costas septentrionales del Euxino, pensaba ya en otras más fáciles conquistas. Había casi tocado el Cáucaso y el mar de Hircania, y quería llegar aun al mar Rojo y al Océano Indico, tomando de paso posesión de la Siria que Tigranes había abandonado.

En la primavera del 64, después de haber organizado el Ponto en provincia, como si efectivamente hubiera muerto Mitrídates, y dejado un crucero en el Euxino, pasó el Tauro. La Siria estaba en el más deplorable estado. Antíoco XIII el Asiático (2), á quien Lúculo había reconocido por rey, no había podido hacerse obedecer, y una multitud de tiranuelos se repartían las ciudades, y los itúreos y los árabes recorrían al pillaje todo el país.

Decidido Pompeyo á dar el Eufrates por frontera á la república, á pesar de la Sibila, redujo á provincia romana la Siria y la Fenicia, dejando solamente la Comágena á Antíoco, la Calcídica á un Tolomeo y la Osroena á un jefe árabe, á fin de que, dependiendo de Roma estos jefes, le guardaran las dos orillas del gran río, en el único sitio por donde los partos podían pasar. En el interior de la Siria, los itúreos (drusos) que poseían muchos castillos en medio del Líbano, fueron reducidos al silencio y al reposo con un severo castigo.

En la Palestina, los Macabeos habían conquistado gloriosamente la independencia del pueblo hebreo, y desde el año 107, uno de sus descendientes, Aristóbulo, se había he-

(1) Apian. *Mithrid.* 103. Pompeyo, en compañía del griego Teófanes, hubo de buscar seriamente la roca en que Esquilo había puesto la escena de su bella tragedia.

(2) Este Antíoco era el 17.º de los reyes Seleucidas, que habían reinado en Siria por espacio de dos siglos y medio.

cho llamar rey de los judíos. Con este título, había tomado la nueva dinastía las costumbres y la crueldad de los príncipes de aquel tiempo: Aristóbulo dió muerte á su madre, y á instigación de la reina Salomé, hizo asesinar también á su hermano Antígono. Bajo el reinado de su sucesor Alejandro Janeo, se extendió el nuevo reino desde el monte Carmelo hasta la frontera de Egipto, desde el lago de Genesaret hasta el país de los nabateos (Petra). Sólo Tolemaida (San Juan de Acre) y Ascalón, quedaron libres á orillas del Mediterráneo. Pero después de Alejandro (69), seis años de guerra civil hubieron de costar la vida á cincuenta mil judíos; y la contienda entre saduceos y fariseos conmovió mucho el Estado. Preocupados éstos, sobre todo, de la ley y de las prácticas religiosas, y aquéllos de la grandeza nacional, formaban dos bandos profundamente divididos (3).

Los fariseos triunfaron de sus adversarios en tiempo de la regenta Alejandra, viuda de Janeo, y cometieron abominables excesos, como sucede siempre que llegan al poder los partidos político-religiosos. Otra guerra civil sostenida por los dos hijos de Alejandra, el débil Hircán II y el enérgico Aristóbulo, trajo nuevas peripecias. Hircán fué derribado de su trono; pero los fariseos llamaron al extranjero, prometiendo al rey de los árabes nabateos devolverle las conquistas de Janeo, y Aretas, al frente de cincuenta mil hombres, vino á cercar á Aristóbulo en Jerusalén.

Un cuestor de Pompeyo, Emilio Escauro, estaba á la sazón en Damasco, y los dos pretendientes le ofrecieron cuatrocientos talentos por su apoyo. Hircán había prometido ya mucho al caudillo nabateo, y no podía cumplir sus promesas hasta después de la victoria; Aristóbulo pagaba al contado: Escauro se declaró por él, y escribió á Aretas diciéndole en son de amago que sería tenido por enemigo del pueblo romano, si no se retiraba con sus tropas luego al punto; y ante la amenaza de la cólera de Roma, el caudillo árabe se retiró (64).

Cuando Pompeyo llegó, quiso examinar el negocio por sí mismo y citó á los dos hermanos á su presencia en Damasco (64-63). Aristóbulo puso en juego con el procónsul el medio que fué tan eficaz con su teniente, y envió á Pompeyo una vid de oro, que no valía menos de quinientos talentos, no sólo por su preciosa materia sino también por su artística labor; pero esta vez sin ganar su causa. Pompeyo, que quería ir á Jerusalén, donde todavía no había entrado ningún general romano, despidió á los dos hermanos competidores, aplazando su decisión para después de haber castigado á los nabateos.

Esta aparente imparcialidad no le tenía cuenta á Aristóbulo que había creído colocar mejor su dinero. Retiróse, pues, á sus castillos y algunos días después consintió en entregarlos; luego levantó tropas y después las licenció yendo á encerrarse á Jerusalén, de donde lo sacó Pompeyo con pretexto de una conferencia. Los partidarios de Hircán abrieron las puertas de la ciudad al procónsul, que cercó á los de Aristóbulo en el templo, sosteniendo el cerco por espacio de tres meses. Un asalto, en el cual Cornelio Sila, hijo del dictador, fué el primero que subió al muro, le entregó la plaza. Los romanos no dieron cuartel y más de doce mil judíos fueron pasados á cuchillo al rededor del templo. Durante la matanza, los sacerdotes oficiaban en el altar sin olvidar una sola prescripción de sus antiguas leyes (4), y su sangre se mezcló con la de las víctimas. Pom-

(3) Los fariseos han tenido siempre muy mala fama. M. Cohen (*Los Fariseos*, 2 tom. 1877) ha acometido la grande empresa de justificarlos. Los fariseos del Nuevo Testamento no eran sino los exagerados ó hipócritas del partido.

(4) Josefo, *Antiq. Jud.* XIV, 4, 3.

peyo penetró en el *Sancta-Sanctorum*, donde sólo el Sumo Sacerdote podía entrar una vez al año; pero respetó los vasos sagrados y aun los tesoros del templo, que ascendían á dos mil talentos. Restablecido Hircán en el soberano pontificado, á condición de renunciar al título de rey y á la diadema, todavía quedó sujeto á pagar un tributo anual y á restituir á la Siria las conquistas de los Macabeos con las ciudades marítimas de Jope, Gaza, etc. Era como un camino militar que Pompeyo abría á las legiones hacia Egipto (1).

Si la Judea no estaba agregada á la provincia, iba á caer en aquella condición de semi-servidumbre, por la cual hacía pasar Roma á los pueblos que no habían perdido enteramente el amor á la patria. Los fariseos habían ganado, pues, la causa. El reinado judío no era ya más que una sombra, pero de la gloriosa obra de los Macabeos no quedaba ya nada.

En cuanto á los nabateos, Pompeyo envió á su teniente M. Escauro en su persecución y castigo; pero Escauro no pasó de Petra, defendida por pavorosos desiertos. Aretas, sin embargo, quería conservar á Damasco, cuyos habitantes lo habían llamado para defender su comercio, y M. Escauro estaba al alcance de los romanos. Aretas compró la paz, de modo que Pompeyo pudo ponerlo en el número de los reyes que había vencido.

Durante estas operaciones, la fortuna trabajaba también por Pompeyo en el Bósforo Cimerio. Mitrídates, á quien se daba por muerto, ó á lo menos reducido á vivir la azarosa vida del aventurero, reapareció de pronto con un ejército en la Fanagoria á orillas del Bósforo, á fin de pedir cuenta á su hijo Macarés de una corona, del valor de 1,000 piezas de oro, que había enviado á Lúculo en solicitud de que lo pusiera en el número de los aliados de Roma. Macarés sabía muy bien que su padre era implacable: quiso huir, y ya estaba cercado; entonces se dió la muerte.

Mitrídates, pues, tenía un reino aún: ni la edad ni los reveses de la fortuna habían quebrantado aquella alta ambición. La flota de los romanos le cerraba la mar, y el Asia les estaba sometida; pero quedábale un camino. Hasta en el fondo de la Tracia, conocían los pueblos su nombre y su estandarte: irá pues á ellos y á su voz se levantarán en armas, y él los arrastrará en son de guerra, y remontará el valle del Danubio hasta la Galia, cuyos bravos y belicosos indígenas multiplicarán sus filas, y desde lo alto de los Alpes precipitará sobre Roma el torrente de las bárbaras naciones. No habla ya más que de los brenos galos y de Aníbal, y con su actividad ordinaria prepara la ejecución de sus proyectos.

Pero sus proyectos hubieron de traspasar, y sus soldados y oficiales retrocedieron ante tantos peligros y fatigas. Uno de ellos, Castor, da el ejemplo apoderándose de Fanagoria, donde se encierra. Su mismo hijo, Farnaces, conspira contra él. El padre lo perdona; pero el traidor no puede creer en esta clemencia, y gana á los tráfugas romanos, que más que todos se espantan de expedición tan gigantesca. Muy luego se hace general la defección. Mitrídates quiere salir al encuentro de los rebeldes; pero su escolta lo abandona. Vuelve á su palacio y desde lo alto de los muros ve y oye proclamar por rey á su hijo. Mensajes dirigidos á Farnaces quedan sin contestación: teme que se añada el crimen á la vergüenza, y para no ser entregado á los romanos, toma un veneno, pero en vano; el licor mortífero

(1) Josefo dice, en efecto (*Antiq. Jud.* XIV, 8), que Pompeyo dejó á Escauro el gobierno de la Siria inferior hasta el Eufrates y las fronteras de Egipto.

no produce en él ningún efecto. Procura entonces traspasarse con su espada; pero su mano lo engaña también, hasta que por fin un galo hubo de prestarle este último servicio (63).

Tenía Mitrídates sesenta y ocho años, y por espacio de medio siglo había ocupado la escena de la historia, de donde salió de esta manera trágica. Puede decirse con Racine: «Sus solos reveses hicieron casi toda la gloria de tres de los más grandes capitanes de la república: Sila, Lúculo y Pompeyo.»

Bajo los muros de Jericó estaba Pompeyo, cuando supo que el mayor enemigo de Roma, después del héroe de Cartago, había sucumbido á la traición, como Aníbal y Filopémenes. Tomada Jerusalén, volvió á Amisos del Ponto, adonde Farnaces, por otra vergonzosa traición, le envió con magníficos presentes, el cuerpo de su padre, vestido ricamente á la usanza del Bósforo. Estaba desfigurado, pero podía reconocérsele aún por las cicatrices que surcaban su rostro. Pompeyo lo hizo enterrar honrosamente en Sínope, en el sepulcro de sus mayores.

III. — REORGANIZACIÓN DEL ASIA ANTERIOR (63).

En el Asia Menor la vida está en las costas. A lo largo del litoral del Euxino, las ciudades estaban menos próxi-



Moneda de Escauro (2)

Moneda de Aretas (3)

mas que á orillas del mar Egeo; pero había allí tierras tan fértiles como aquí Pompeyo dejó la parte montuosa y árida de la Paflagonia interior al príncipe Atalo, que se decía oriundo de la raza de los Pileménidas, los antiguos reyes del país, y comprendió en la Bitinia la fértil región que descende al Euxino, entre el Sangario y el Halis, con algunos distritos del Ponto, al Este del último de estos ríos. La gran ciudad griega de Amisos, situada en medio de esta comarca, parece haber recibido guarnición como puesto avanzado de la dominación romana.

Aunque Pompeyo no se hubiera atrevido á llevar más lejos hacia el Este el dominio de la república, tuvo interés en conservar el recuerdo de sus victorias sobre Mitrídates dando á la nueva provincia el doble nombre de Ponto y Bitinia.

Organizó también la provincia de Cilicia, la cual fué dividida en seis distritos: la Cilicia de las llanuras y la Cilicia de las montañas (4), la Panfilia, la Pisidia, la Isauria y la Licaonia, á las cuales se añadieron los territorios frígios de Laodicea, Apamea, Síada y después (58) la isla de Chipre. Tarso era la capital, *caput Ciliciae*. Las cartas de Cicerón nos dan á conocer las ciudades en que el gobernador debía tener sus audiencias de justicia (*conventus iuridici*): Tarso para la Cilicia Campestre ó de las llanuras; Ico-

(2) M. SCAVRÆ D. CVR. EX SC. REX. ARETAS. Un camello y Aretas de rodillas presentando una rama de olivo. En el reverso, P. HYPSÆ D. CVR. C. HYPΣÆ COS. PREIYE (*Preivernum*) CAPTV. Figura en una cuadriga; por debajo un escorpión. Moneda de plata de la familia Emilia.

(3) Cabeza laureada, con una leyenda nabatea. Obolo de plata.

(4) *Cilicia Campestris* y *Cilicia Aspera*.